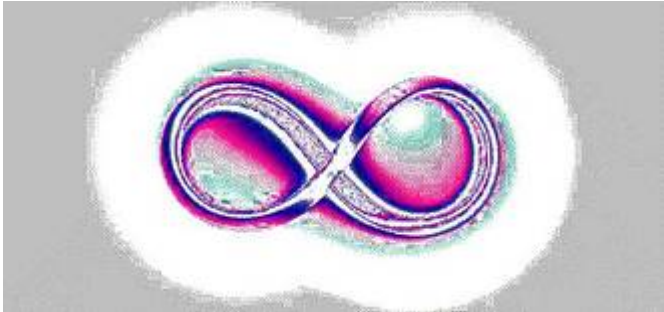


# FUGAZ INFINITO

Xabier Galarreta Velázquez



© Marjinalia Bilduma  
2002. urtea  
Lege-Gordailua: SS-1015/02

La cruz, el ensamblaje, la perfidia  
el olor a vida de esa tumba  
amanecida entre flor y flor  
allá, en lo bajo y en lo alto,  
al revés, al derecho,  
deliciosamente amargo  
como un sueño siempre desvanecido  
al despertar. Al fin y al cabo,  
donde fluye el olvido.

Ya ves,  
estaba ahí la palabra,  
aguardando tan solo  
su humilde oportunidad.  
*«No sé cuándo voy a dejar  
de llegar tarde  
a todos los trenes  
de mi vida»,* murmuró.

Y bombeaba,  
    claustrofóbica,  
la inmensa habitación  
    repleta de adioses  
    y de palabras tiernas,  
siempre viajeras incansables  
de un lugar al que no  
    se llegaba  
        [jamás.]

La sonrisa absurda  
que flirtea con la felicidad  
tras la cual la Tragedia  
afila su espadaña,  
    inexpresiva la blanca  
        calavera  
que porta entre los dientes  
    una rosa.  
El viento silba melancólico  
    una tonadilla de otros tiempos.  
El tren parte, vacío,  
    hacia la nada.

La primera mirada oblicua  
del universo que en sus labios  
rojos y pequeños  
susurra una plegaria  
de cal y canto,  
mientras el jilguero  
desgarra su presa con  
el pico y las garras  
y la breve inocencia  
se refleja en sus  
ojos oscuros  
de los que cuelga  
una luz, una palabra,  
un perdón pronunciado  
demasiado tarde,  
en el infinito  
de un día de verano,  
infinito también...  
La sonrisa escéptica,  
un poco acanallada  
del carbón  
que arde  
perplejo  
en el infortunio  
de su infierno,  
almidonado, latente,  
pesado como esos devenires  
que de puro ancho  
se nos vienen estrechos  
por todos lados,

y luego,  
ese silencio  
—preludio  
de la creación  
de un nuevo Universo—.  
Y llegados a este punto,  
¿a quién le importan  
los uniformes?

Una palabra dura demasiado  
y una intención  
demasiado poco.

Una y otra,  
dos luciérnagas  
con los minutos contados.

Luego, una lluvia de cobre  
rasga el paisaje inédito  
en el que campesino y flor  
fornican protegidos  
por un manto de acero de rocío,  
y las calles del pueblo  
sueñan su lejano silencio,  
su primer adoquín  
y pavimento.

Para volver algún día  
y percibir, sutil,  
el desafío: se han ido ya todos,  
y ni siquiera  
quedamos nosotros.

Sí, la poesía es religión  
y yo, no voy a decir que creo en Dios,  
ni que no creo,  
sólo  
que a mi poca de fe  
le hace de cuando en cuando  
falta  
de un poco de religión  
aunque al beberla  
el vaso



me queme, abraze  
    la garganta  
y el alma  
que nunca tuve,  
    deprimida,  
    alicaída,  
    deshuesada.

Alguien diseñó la botella  
de plástico, el tapón, el corcho,  
la etiqueta y el entrepaño,  
el balón y las gradas  
y las camisetas y el cuadro  
y el marco del cuadro  
y el pomo de la puerta  
y el gozne y la hechura  
y la mosca y sus alas  
y sus patas y sus antenitas  
y el cielo oscuro y la  
estrella ácida y distante  
y fulgurosa y el bicarbonato  
y el disquete de tres y medio  
y el pegamento dos y medio  
y la nuez y la cáscara  
y el león y su presa  
y su sangre y sus vísceras.  
Alguien.  
Alguien diseñó todo eso  
y más  
mucho más:  
el cuerno del rinoceronte,  
la bella figura de la novia,  
el pastel de manzana,  
la cortina de color rojo,  
el accidente y la chapa  
y el mirto y el páramo  
yermo en donde mi soledad  
se ilumina impávida, incandescente,

alumbrada por un instante  
[de *ecomanía*].

Las fuentes lloran  
y mean  
su desdicha,  
alegría de tantos.

La rama,  
de terciopelo,  
niquelaba  
en oro  
esa primera sensación  
de ser todos los días,  
absurdamente,  
mientras el Danubio se desbordaba  
y los faunos de la rivera  
cantaban alegres canciones  
que nunca hacían mención  
a la muerte.

Su desorden, su perversión  
de los sentidos  
llenaba de envidia  
a la odiosa humanidad  
que agonizaba  
infame  
en su pestilente presente,  
fruto de su pasado,  
a caballo entre el hoy  
y el futuro,  
pero dada al antipaganismo:  
"la religión del dinero"  
"la religión del alma"  
"la religión de la beatificación".  
Todas llaves  
de una sola puerta.  
*Para eso "gruñó un cerdo"  
no hacía falta*

*pensar tanto  
en tan poco.*

Soy todos los libros  
que una vez leí  
y olvidé  
todas las mujeres que amé  
y no pude amar  
todos los seres  
que me acompañaron  
y los que luego  
habría de dar  
al pavoroso olvido.

Soy tantas cosas  
que he aprendido  
y muchas más  
de las que no tuve  
[noticia].

Muero en la raya,  
en la efímera sombra  
de la raya  
que rasga el suelo de  
baldosa y tierra  
y el agua chapotea  
en mis oídos  
buscando el cierzo,  
certeza absoluta  
del origen  
y  
del invierno.

Cuando nieva,  
saco mi cazuela a pasear  
y preparo un exquisito

estofado de copitos de nieve.  
Tienen mucho alimento:  
yodo, cobre, níquel, almendrillas y  
[pompetas]  
(luego estallan en el vientre  
y es muy divertido).  
Dos faunos simulan  
una buena pelea.  
El Danubio no cesa  
en su infortunio  
y su caudal sobrepasa  
el pensamiento de los árboles,  
la presteza de la ardilla  
y tan solo se libran  
las sagaces culebras,  
a quienes el agua nunca rebasa  
en su desesperada altura.

Los niños que padecen  
senilidad prematura  
son como faros en el camino  
de la ciencia y de la inmortalidad.  
En ellos está el secreto,  
la esperanza,  
la utopía.



El albor  
en el que *muele*  
la humanidad  
*entela.*

El limón y el cuchillo  
a donde el vértigo arroja  
su esputo, su final  
    y su principio.  
Vuelan las hermosas y  
    eléctricas musas  
desmayadas en suaves  
    y picantes picotazos,  
pellizcos de alcohol y rosas  
    en los pezones verdemente  
oscuros, ardientes.  
La sal de la tierra  
    aromatiza la piel  
de la hembra,  
    sus caricias de espuma,  
su invierno y su noche.  
Loca, loca por tu morir,  
    por tu vivir,  
por tu velocidad eterna.

Más que el diccionario  
es mejor tomar por referente  
el sentir de los otros.  
¡A ver si me pillas!

El abrazo furioso  
El despertar oscuro  
    de un sueño cualquiera  
La guitarra de todas las cuerdas  
La noche mortal de todas las bellezas  
El matarte y el morirme  
La luna imperecedera  
y el rugido de la montaña  
Tus lascivos ojos  
y la erótica y estéril playa  
en la que estrictamente supimos  
lo estricto de la lágrima,  
del palpitar difunto,  
desposeídos del todo.  
Resecas las flores  
sólo resta el resto.

Los amantes ardieron en París  
de madrugada  
bajo sus besos de fuego y hielo  
por música el traqueteo de un tren  
con olor a otras naciones,  
a otros pueblos-todavía-sin nación,  
unidos a la púrpura tierra  
y al engrasado de todos los vientos.  
Vivimos bajo las influencias  
de las influencias.  
Me queda el aire místico  
que languidece en exceso,  
bajo rostros de almidón  
tocado por la divina ala  
de la ensordecedora maquinaria.  
Viajo por viejo  
de raíz a matriz,  
inconcluso,  
y sobre todo  
el terror de haber nacido,  
de, tal vez,  
haber muerto,  
donde al fondo del abismo  
—¡bosque fanático!—  
duerme el jabalí  
salvaje y acorralado,  
las patas hundidas en el barro,  
royendo el paraíso venenoso,  
más allá de Dios  
más acá del hueco preñado.

Palabras y susurros de alcohol  
Promesas y explicaciones de alcohol.  
Odiosas inolvidables heridas  
a seis metros de profundidad.  
Acostúmbrate a llevar las perlas  
y los salmos de Oriente  
[y Occidente]  
de un lado a otro de la Meca,  
el ruiseñor y el campo santo.  
Todo está inmolado de trece  
tristezas  
que fornican ingenuas  
en el entresí  
del aire, del castigo,  
del inaudito reventar  
de mil espacios núbicos,  
púbicos, públicos, pútridos...  
Y así hasta el emponzoñado Infinito  
en el que nos precipitamos,  
con calculadora y todo.

La palabra, voraz,  
    arrancaba tajos del venado  
agonizante,  
    y aún antes de que expirara  
horadó sus ojos vidriados  
y campó para siempre a sus anchas,  
    palabra y venado.

La esencia del fuego,  
su elixir preliminar,  
salto hacia el infinito  
mar de traviesas estrellas  
oceánicas, locuaces, longitudinales  
y tan *trans*...

El viento gime  
sufridor y sensual,  
mientras tañe el mágico aire  
de su tubo-metal.

Alcanzar la otra orilla  
sólo le es dado  
a unos pocos...

«*Mentiría si dijera  
que tú eres  
uno de ellos*», me escupió a la cara.



La mirada oblicua, atravesada,  
de la cantonería, allá, en  
el pozo azul del recuerdo,  
reminiscencias brillantes,  
el suelo —de cafetín—  
se abrió y ajó  
hasta que no pudimos  
                  [hacer más]  
que las maletas  
      y tomar puerta  
—esto, a la salud de nosotros, los euskaros,  
los spanish, los yanquis, los germanos, los  
gabachis, los...—.

El cuchillo, a la postre,  
no servía ni para arrancar  
el alma a tanta pregunta  
como andaba por el mundo suelta,  
embravecida.

El cuchillo, negro, besó los labios  
de la hermosa muchacha,  
rasgó su vestido y su sentido  
y continuó sutil  
hasta el más profundo  
[de los secretos].

Alcé la mirada y vi el cuchillo  
clavarse en el sol,  
un sol herido, taladrado, viscoso, senil...  
*En fin*, medité vagabundo,  
*¿a quién le importa el psicoanálisis?*  
A Woddy Allen, seguro.

Fugaz infinito  
con su crepúsculo  
y su redondez  
de aspecto interminables,  
arrollador, quimérico,  
utópico y fantasmagórico.

Fugaz infinito de palabras  
peludas, abrasadas,  
rellenas, estofadas,  
pleno de cinco aciertos  
en el que Júpiter se lleva  
la peor parte.

Éste, amigos,  
es el lenguaje de la locura,  
auténtico rostro del ser humano,  
oculto siempre bajo la máscara  
de la ciencia y del bienestar.

Fugaz infinito,  
tirando siempre de  
su infierno y de su paraíso  
hacia todos lados,  
tan fugaz e infinito  
como una palabra.

El sol besa las últimas  
palabras de tierra  
en las que el renegado  
vive, malvive y fornic  
terco, su esperma lanzando  
a borbotones de plata y estrella  
engendro de engendros  
soliloquio de locos  
y humedales devastadores  
en los que el Hombre  
arrodillado ante la Ciencia  
llora,  
una mueca de sapo en su innombrable rostro.

Llega un momento  
en la vida  
en que uno dice  
*«a la mierda con todo»*.  
Es el mejor momento  
de la vida.

Su cuerpo yacía  
roto por fuera  
y  
podrido por dentro  
como un rey, un presidente  
un dirigente cualquiera  
*«Luego dirán que las putas  
no tenemos corazón».*

La noche ardía sosegada  
y un punto de inflexión  
rezaba su instante esencial  
(algunos, tan caritativos para consigo mismos,  
no olvidarán fácilmente  
las flatulencias ajenas).

El feto reposa, aturdido,  
junto al líquido semiótico  
—no "dentro de", ni "en",  
ni "sumergido en"—  
(la poca cultura que tenemos  
se la cedemos a nuestros  
grandiosos dirigentes,  
a ver si así les llega  
para afeitarse el culo).



"Nuremberg".

De ahí debiera surgir  
una nueva manera de entender la política  
(¿os hace falta un verdugo  
para los verdugos?  
Yo, estoy en el paro).

La tierra sólidamente  
escarmienta:  
tanta masacre y facha  
y loco y patriotas  
e iluminados.

Camino, perplejo,  
con los pies enredados  
en mi ombligo  
(casi siempre tiene que aparecer  
un idiota, un primerizo,  
diciendo: no lo hace mal,  
el chico).

Si hubiera querido escribir  
en castellano  
lo habría hecho  
hace tiempo.  
Pero yo no me rindo  
(que se rindan Sharon y Sháenz,  
mis dulces y patéticos  
verdugos).

Nunca me han gustado  
las actitudes chulescas,  
fascistoides y prepotentes,  
sean de signo ↗ o de sean de signo ↘  
(y eso va dirigido  
a l@s idiot@s  
que andan rascándose el  
culo con las teleseries  
habituales).

El jefe de la nación  
se ha comprado un perro de lujo  
pa'guardarse la penera  
la miseria y la entrepierna.  
Y a nosotros, nos vive el alma  
de a tanto que l'hemos dedicao  
un par de letras puras, inéditas  
y rehogadas en pan duro  
(la abrupta virginidad  
del reprocha'o).

Nada. Absolutamente nada  
queda sino recuerdos de hojalata  
amarrados como pinchos viscosos  
al cerebro del siglo XVII  
que siempre hemos tenido  
    por origen, sopa de sobre  
    y (de)lirios incluidos  
(quien sabe del absurdo,  
    sabe de la poesía  
    y de la vida  
    y de la nada).  
    «*Absolutamente nada*».

Este maldito rigor académico  
me está matando.  
A-je-re-lé-leré-a-jé-leré  
(en esta graciosa cancioncilla tenemos  
una de las mayores expresiones culturales  
que Godolandia ha dado en los últimos  
tiempos).

*«God save the Queen!»*

Mi país es un tanatorio  
desde que se olvidó  
de la memoria histórica.  
Ahora, la fiesta continúa  
y los chabacanos farfullan  
de lo lindo  
(visión portentosa  
de uno mismo  
y de los coetáneos).



Honoris Causa me llamo,  
hermanos...

París fluye  
    como una bruma lejana  
    de un día de playa  
    de 1937, allá,  
en la miseria —histórica, también—  
    del transcurrir,  
    ámbar de arena y playa,  
trasnochado de placer  
    repetitivo y duro,  
pavoroso pensamiento  
    engarzado al humo  
    de un cigarro,  
mientras en Chile mueren  
    a manos llenas  
los defensores  
    de los violines  
    y  
    de la libertad.  
Anclada en su vertiginosa caída,  
    la noche de los tiempos paganos  
    y litúrgicos  
pasea su sombra  
    frente al depósito de cadáveres  
    en que nos hemos convertido,  
más por despecho  
    que por necesidad.

Algún día iremos por la calle  
y diremos: «Dios, pero  
si es Escudero».

Y lo veremos tan decrépito  
que sólo entonces nos  
daremos cuenta  
de nuestra propia decrepitud.

Apostado en el gozo necesario  
de una noche encantada  
traigo a la memoria  
el parpadeo de tus besos,  
las caricias rituales  
y el vaivén casi académico  
de nuestros cuerpos.  
¡Qué volcán!  
¡qué desnudo el nuestro!  
Las rosas del jarrón  
palidieron  
y la noche  
dio un golpe de timón  
contra el vasto cielo.

El río traía consigo  
un mar de léxico;  
nada podía impedir  
la experiencia lingüística,  
tal vez literaria.  
Bajo la corriente alegre,  
parisina del río turbo-léxico  
la musa me cogía fuerte de la mano  
no fuera a derrapar  
en la siguiente curva, recodo  
del devenir —más surrealista  
ya que un pedo de Dalí—.

La Justicia  
se estremece  
cuando la víctima  
proclama su nombre...  
en vano.

Conmovido, dejo a mi cuerpo  
gotear el primario semen  
de los muertos,  
y pontifico la sagrada imagen,  
el canibalesco instante  
en el que la bioquímica  
realiza su función,  
y nosotros realizamos  
por enésima vez  
nuestra representación.  
Generosa y buena es la muerte.  
Su silencio encumbra al poeta  
y ayuda a cerrar la última  
página de la elegía,  
escrita en el viento  
(escrita subido a las crines  
del viento).  
Así empieza a morir el hombre,  
tan despacio,  
y en medio  
de esa inmensa indiferencia.

De diversas maneras se sucede  
la luz, el astro, la roca fundida,  
el dolor amurallado, la respuesta feroz,  
la conclusión precipitada, la habitación  
sin luz y sin ventanas —ahogada—,  
el recuerdo inalámbrico, la cárcel lacerada,  
el escudo de cristal de Baviera,  
la copa de champán del Chambelán,  
la expresión rica y la expresión pobre,  
lo fundamental y lo uniprescindible,  
el movimiento y la quietud,  
el fuego y el río y el átomo  
y la nada,  
    que es la poesía.



No, no quiero  
hablar de la muerte.  
Ya la hemos bebido  
bastante  
en esta casa.

A veces, madre,  
    entro a oscuras en la habitación  
y antes de encender la luz  
pienso que voy a encontrarte  
ahí, sentada en el sofá,  
cosiendo un botón,  
    muerta todavía.

Lo liviano es cuando  
la tierra se abre y te hace  
un sitio  
en su regazo;  
cuando el paseante  
que transcurre contigo  
en la nada urbana  
te hace una tímida mueca,  
como si te hubiera reconocido  
a pesar de no haber coincidido  
contigo nunca en sitio alguno.  
Al fondo del abismo  
una voz dice  
quedamente:  
«No busques un sentido  
al viaje,  
porque no lo tiene».  
Nunca despertaremos  
de esta pesadilla,  
convertidos como estamos  
en patéticos espectros  
de nuestra irreal inexistencia.

Tal vez los humanos  
seamos  
como larvas de mariposa,  
cuando muramos.

Coloca un espejo delante  
y otro detrás  
y cuando descubras la séptima  
[dimensión]  
probablemente tengas miedo  
de mirar al fondo del espejo.

¿Y qué hay de malo  
en soñar  
con viajes espaciales?

Aquí abajo  
no está el paraíso,  
desde luego.

A lo sumo,  
podríamos hallar  
otro infierno.

Día a día  
escribimos la página en  
[blanco]  
de nuestras vidas.  
Así, hasta la  
última página  
(¿fin del capítulo número...?)

Lo esencial es la nada,  
saberse nada  
ser nada  
vivir y morir siendo nada.  
Eso es lo esencial.



El impresionante espectáculo  
del transcurso del sueño:  
¡Pasen y vean, señoras y señores!  
¡Pasen y vean!

En la historia,  
    en la vida,  
tantas cosas han sucedido  
    y  
    en realidad  
es como si nada  
    hubiese sucedido.

Sí, esos son  
los mejores libros:  
los que se escriben  
*de golpe y porrazo.*

Dentro de 350 días  
regresaré de nuevo  
a este lugar:  
y ya nada será como antes  
y todo será como ahora  
(iba a decir *siempre...*).  
Y entonces sólo quedará  
el olor de las flores  
ya marchitas  
en el jarrón.